

me sentí oprimido y tuve que salir. Allí viví entre mayores siendo chico y sujeto a la obligación rigurosamente.

El trabajo me ha librado de muchos contratiempos y aunque no haya podido evitarme algunos, le debo el agradecimiento de no haberme acarreado ninguno y cualquiera que esté hecho a él desde pequeño, que es lo bueno, lo que modela y enseña, tiene que reconocer que es lo mejor y, al fin, la única ilusión permanente de la vida. Eso y el vivir del Paseo, me formaron sin deformarme. No jugué apenas, cierto, pero tampoco me eché a perder y guardo los recuerdos más sentidos del barrio y de toda su gente a los que debo un ejemplo inmarcesible de bondad, de generosidad, de liberalidad y buen humor que he hecho patente varias veces con el agradecimiento que ahora aprecio y con la justicia que es debida para librar a este barrio del falso concepto de barrio de los golfos que le solían aplicar algunos acartonados.

Desde Madrid hasta la guerra nos vimos menos, pero en este trance se intercambiaron muchas veces nuestros pesares, alguna con Victoriano el de Brocha, también «escuelante» de D. Cesáreo. La vida, ya en declinación, nos hizo comprendernos mucho desde entonces y aceptar los rigores que impone de los que nadie se libra.

En el caso de Ezequiel, aparte de las consideraciones amistosas y sentimentales, hay una razón para que en esta obra se le dedique la despedida que merece, la de ser el último Pití, pues aunque hay más, a ninguno se lo dicen. Le pasa lo que a mí, que seré el último Rufao. Tal vez esto se deba a que ambos nos sentíamos orgullosos del apodo de nuestras familias, pues para mí, el oír que alguien dice, para puntualizar claramente su domicilio, que vive en la calle de Rufao, es una satisfacción inmensa.

Le he visto morir como a tantos más, y apreciado amargamente que lo triste es vivir y la muerte, fatigosamente alcanzada, una liberación. Bienvenida sea desde el momento que se ha dejado de servir.

* * *

Noticia escueta

Para AGUSTIN PANIAGUA

Como lugar escogido de momento, pero seguro para no perderse y evitar el olvido, el sacristán, Ezequiel Castellanos, anotó en la última hoja del primer libro de defunciones y después de otras en blanco:

“En el año 1.882, en el mes de Julio, se embaldosó la parroquia de Santa Quiteria por primera vez”.

Y lo firmó con ese tipo de letra, claro y uniforme, característico de los escribientes alcazareños de su época, de los que creo haya sido último representante el inolvidable amigo D. Julián Pantoja, que conservó ese tipo de letra hasta el final de sus días, sin un titubeo ni una oscilación en el correr de la pluma desde que entraron de chicos en las Escribanías, copiando infinitas veces los formularios de demandas, de reparto de bienes, de trámites preceptivos y de artículos reguladores que citaban de carrerilla de tanto repetirlos.